

«CREAR HUELLAS EN LA HISTORIA DEL MUNDO»

## 7. El carisma

Luigi Giussani\*

Fatiga y miedo han caracterizado este mes, no solo para los que se han visto obligados a seguir sus clases a distancia, también para los que han podido volver a clase. La “normalidad” ya es un vago recuerdo. Para vivir estas dificultades que alteran nuestro carácter, nuestra psicología, nuestro afecto y nuestra mente, se muestran insuficientes los buenos consejos, los imperativos morales, las verdades abstractas que seguimos oyendo cómo nos repiten como para que nos autoconvenzamos, pero con poco éxito. Hace falta un temperamento particular, una mentalidad, una psicología y una afectividad que nos persuadan desde lo más íntimo de nosotros mismos, estableciendo una afinidad, una comunión y una inmediatez que nos permitan afrontar la fatiga diaria y hagan más familiar y estrecha nuestra relación con Cristo. El carisma es eso: una forma con la que Dios ha decidido darnos alcance para decirnos que Él quiere estar con nosotros. ¿Cómo hemos experimentado esto durante este periodo en el que nos hemos visto obligados a ir hasta el corazón de las cosas?

Para ayudarnos, proponemos seguir trabajando hasta finales del mes de febrero el segundo capítulo, punto 9. La forma persuasiva con la que interviene en la historia el Espíritu Santo: el carisma (pp. 116-124), del libro de L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019.

*Recordamos que se pueden enviar preguntas y testimonios a la web:*  
<http://eventi.comunioneliberazione.org/gcontributi/>  
*en la sección «Escuela de comunidad».*

### 9. LA FORMA PERSUASIVA CON LA QUE INTERVIENE EN LA HISTORIA EL ESPÍRITU SANTO: EL CARISMA

Lo que establece y determina para cada uno de nosotros una morada concreta dentro de la Iglesia, una compañía humana que hace más persuasivo el camino hacia el Destino, es el don del Espíritu Santo.<sup>144</sup> Este don de la caridad de Dios es lo que posibilita la fe, la conciencia de la presencia de lo que empezó como un Hecho dentro de la historia hace ya dos mil años.

En efecto, el Acontecimiento sucede hoy a través de una forma determinada de tiempo y de espacio, lo que permite afrontarlo de un cierto modo y lo vuelve más comprensible, más persuasivo y más pedagógico. Este carácter que tiene la intervención del Espíritu de »

<sup>144</sup> Cfr. L. Giussani, «Comunión y Liberación: un método que ejemplifica la educación en una antropología cristiana», en *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1995, p. 122.

\* Del libro L. Giussani - S. Alberto - J. Prades,  
*Crear huellas en la historia del mundo*,  
Encuentro, Madrid 2019, pp. 116-124.

» Cristo, que provoca existencialmente el Acontecimiento dentro de un tiempo y un espacio determinados se llama «carisma». Para que la Iglesia, constituida por todos los hombres que Cristo ha tomado e incorporado a Sí mismo en el Bautismo, sea una realidad operativamente eficaz en el mundo, hace falta que los hombres tomen conciencia de lo que ha sucedido, del encuentro que Cristo ha tenido con ellos, y que comiencen a obrar basándose en dicha conciencia.

El cardenal Ratzinger ha observado que «la fe es una obediencia de corazón a la forma de enseñanza a la que hemos sido confiados».<sup>145</sup> El Espíritu de Dios puede realizar con Su imaginación infinita, Su libertad y movilidad infinitas, mil carismas, mil maneras de hacer al hombre partícipe de Cristo.<sup>146</sup> El carisma representa precisamente la modalidad de tiempo y espacio, carácter y temperamento, psicológica, afectiva e intelectual, con la que el Señor acontece para mí e, igualmente, también para otros. Esta modalidad se comunica desde mí a otros, de manera que hay entre *estos* y yo una afinidad que no tengo con todos los demás, un vínculo de fraternidad más fuerte, más específico. Este es el modo en que Cristo permanece presente con nosotros día tras día hasta el fin del mundo,<sup>147</sup> dentro de las circunstancias históricas que establece el misterio del Padre mediante las cuales nos permite reconocer y amar Su Presencia.<sup>148</sup>

El fenómeno de los Movimientos en la Iglesia, de todos los Movimientos que hay en la Iglesia, representa –como observa Juan Pablo II– el resurgir de la autoconciencia en el ámbito de la misma Iglesia.<sup>149</sup> Efectivamente, igual que la humanidad vive dentro de cada casa que el amor anima y embellece, que el aliento de este amor caldea día tras día, también a la Iglesia la convierten en casa viviente, viva, calurosa, llena de luz y de palabra, de afectividad, de explicación y de respuesta, los Movimientos. Estos son las compañías unidas que crean los carismas, esos dones que el Espíritu otorga a quien Él decide, no por el valor de las personas, sino para que se cumpla su designio, el gran designio que tiene el Padre sobre el mundo, ese plan del Padre que tiene un nombre histórico: Jesucristo.

El Espíritu del Señor escoge temperamentos que se caracterizan por un compromiso más vivo, por una conmoción y comunicación más vivas de su experiencia a los demás. Así, pues, el carisma hace que la Iglesia resulte viva y está en función de la totalidad de la vida eclesial. Por su propia naturaleza todo carisma, basado en su identidad específica, está abierto a reconocer todos los demás carismas. Cada una de las modalidades históricas con las que el Espíritu nos pone en relación con el acontecimiento de Cristo es siempre algo «particular», una modalidad particular de tiempo y espacio, de temperamento y de carácter. Pero se trata de una cosa particular que capacita para la totalidad. El carisma existe en función de la creación de un pueblo completo, es decir, totalizador y católico. Como veremos más adelante, totalizador y católico son precisamente los últimos confines que conforman la idea de pueblo.

Por utilizar una imagen, podríamos decir que el carisma es como una ventana a través de la cual se ve todo el espacio. La prueba de que un carisma es verdadero es que nos abra a todo, que no nos cierre. Por eso se equivocaría quien dijera que «estamos aquí para construir nuestro movimiento y no la Iglesia». Lo que hay que decir es, en cambio: «Estamos aquí para construir la Iglesia conforme al impulso que el Espíritu nos ha dado al que llamamos Movimiento, siguiendo la obediencia, es decir, la escucha y la adhesión a la obra del Espíritu de Cristo, que hace suya la autoridad de la Iglesia».

<sup>145</sup> J. Ratzinger, *Intervención para la presentación del Catecismo de la Iglesia Católica*, en «L'Osservatore Romano», 20 de enero de 1993, p. 5.

<sup>146</sup> Cfr. Jn 3,8.

<sup>147</sup> Cfr. Mt 28,20.

<sup>148</sup> Cfr. L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 283-286.

<sup>149</sup> Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a sacerdotes del movimiento Comunión y Liberación*, 12 de septiembre de 1985; ver también Juan Pablo II, *Discurso a los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades*, 30 de mayo de 1998.

» La cuestión del carisma es decisiva porque es el factor que facilita existencialmente la pertenencia a Cristo, es una evidencia de la presencia actual del Acontecimiento, porque nos mueve. En este sentido el carisma introduce a la totalidad del dogma, ya que el carisma es la modalidad con la que el Espíritu de Cristo hace que percibamos Su Presencia excepcional, el modo en que nos da el poder de adherirnos a ella con afecto y sencillez; es viviendo el carisma como se ilumina el contenido objetivo del dogma. Los dogmas no se aprenden y, sobre todo, no influyen existencialmente en la vida si se los estudia solo abstractamente. Los dogmas se aprenden y se viven al encontrar y seguir la vida de la Iglesia conforme al acento educativamente persuasivo y existencialmente fascinante del carisma. El carisma es, pues, la forma en que el Espíritu facilita y vuelve más consciente y fructífera la percepción del dogma, la percepción del contenido total del Acontecimiento.

En la Iglesia, nacida del espíritu de Cristo muerto y resucitado, todo es carisma desde el punto de vista ontológico. El primer carisma es la Institución misma, porque es el instrumento del Espíritu de Cristo que actúa y se comunica por medio del Magisterio y de los Sacramentos. Pero a fin de que Magisterio y Sacramentos no se entiendan como partes aisladas de la unidad y de la totalidad de la experiencia cristiana, es decir, reducidos a la medida individualista de cada uno, es necesario que se vivan conforme a la lógica y al dinamismo de la comunión, que es la naturaleza misma de la Iglesia. Y entonces esos carismas sustanciales, institucionales, se perciben como tales mediante el carácter existencial del carisma particular, que el Espíritu otorga en función de la totalidad de la experiencia eclesial.

Este dinamismo es además la respuesta a una tentación particularmente extendida en la Iglesia actual, según la cual la implicación del pueblo de Dios en la misión de la Iglesia, y en particular de los laicos, se ve como una participación –democráticamente entendida– en un «poder» que se concibe de manera reductiva con categorías mundanas.

La cuestión de la relación entre carisma e Institución aparece entonces como algo decisivo, pues pone de manifiesto que los dos términos no son mutuamente extrínsecos.<sup>150</sup> Cada carisma regenera a la Iglesia en todas partes, regenera a la Institución en todas partes, obedeciendo últimamente a lo que es garantía del carisma particular mismo: la Gracia, los Sacramentos y el Magisterio. Si el carisma particular es el terminal mediante el cual pasa el Espíritu de Cristo y resulta posible reconocer hoy Su acontecer, el carisma de la Institución es tal precisamente porque es el ámbito de vida de ese terminal. Negar la novedad del carisma particular significa sofocar la vitalidad de la Institución. Y, por otra parte, la razón de ser del carisma particular solamente se justifica en relación con la totalidad. Juan Pablo II expresa la naturaleza de la relación que hay entre carisma e Institución en términos de *coesencialidad*: «En la Iglesia, tanto el aspecto institucional como el carismático (...) son coesenciales y concurren a su vida, a su renovación y a su santificación, aunque sea de modo distinto y de tal manera que existe un intercambio, una comunión recíproca».<sup>151</sup>

### *Un carisma en acto: la responsabilidad de cada uno*

«Un ejemplo conmovedor de esta paternidad de la Institución, referido a la historia del movimiento de Comunión y Liberación, es la figura de Pablo VI. La primera vez que me llamó, siento todavía Arzobispo de Milán, fue para hacerme algunas observaciones. En aquella circunstancia me dijo: “Yo no comprendo bien sus ideas y sus métodos, pero veo los frutos y le digo: siga adelante así”. Años después, en 1975, cuando fuimos 17.000 en peregrinación »

<sup>150</sup> Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a sacerdotes...*, op. cit.

<sup>151</sup> Cfr. Juan Pablo II, *Discurso a los movimientos eclesiales reunidos en un encuentro internacional*, 2 de marzo de 1987, 3.

» a Roma, me llamó junto a la puerta de San Pedro, al terminar la Misa, y su primera frase fue: “Don Giussani, este es el camino: siga adelante así”. Tal cual lo había dicho la primera vez». <sup>152</sup>

Nosotros tenemos que crecer, madurar y actuar en el mundo conforme a la particular «forma de enseñanza» con la que el Señor ha querido salirnos al encuentro. Debemos recordar siempre los dos polos de la relación que, dentro del acontecimiento creado por Dios, se establece entre nosotros y Él. Por una parte, nos hace entrar en el gran pueblo del Cuerpo misterioso de la Iglesia, la heredera de su pueblo predilecto; y, por otra, nos toca con una determinada originalidad que asume el Espíritu, con una cierta forma, conforme a un cierto carisma. Nosotros vivimos enteramente el pueblo de la Iglesia tanto mejor cuanto más fieles seamos a nuestro carisma, por así decirlo, cuanto más fieles seamos a la personalidad de la que nos ha investido el Espíritu, a la fisonomía personal que Dios nos ha dado inserta por entero en Su eterno designio. Sustraernos a la «forma de enseñanza a la que hemos sido confiados» es dar un primer paso hacia el cansancio, el aburrimiento, la confusión, la distracción e incluso la desesperación.

Pero en esta compañía grande en la que Dios nos ha metido con su acontecer no están los mejores hombres. «Nosotros no somos mejores que nuestros padres», dice una canción del padre Cocagnac. <sup>153</sup> Aunque Dios sepa sacar de las piedras hijos de Abrahán, <sup>154</sup> no son los hombres mejores quienes forman parte de esta compañía; precisamente por esto es por lo que resulta evidente el milagro de la comunicación del Señor que ha ocurrido en nuestra vida. Nosotros no somos mejores que los demás. Lo recuerda muy bien san Pablo en su primera carta a los Corintios: «Y si no, fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. A Él se debe que vosotros estéis en Cristo Jesús, el cual se ha hecho para nosotros sabiduría de parte de Dios, justicia, santificación y redención. Y así –como está escrito–: “el que se gloríe, que se gloríe en el Señor”». <sup>155</sup> Pero podemos gloriarnos en el Señor no por nuestro mérito, sino por el Suyo. Por eso estamos bien atentos a lo que dice Santiago: «Hablad y actuad como quienes van a ser juzgados por una ley de libertad, pues el juicio será sin misericordia para quien no practicó la misericordia; la misericordia triunfa sobre el juicio». <sup>156</sup>

La esencia del carisma de Comunión y Liberación puede resumirse en el anuncio, lleno de entusiasmo y asombro, de que Dios se ha hecho hombre y que este Hombre está presente en un «signo» de concordia, de comunión, de comunidad, de unidad de pueblo: el hombre puede ser hombre y la humanidad puede ser humana solamente en el Dios hecho hombre, solo en Su Presencia y, por lo tanto, solo mediante –de algún modo– la forma de Su Presencia. Aquí radica la fuente de la moralidad y la misión.

Cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado. Cada uno es causa del declinar o del incrementarse del carisma, cada uno es un terreno en el que el carisma se desperdicia o da fruto. La toma de conciencia de esa responsabilidad es gravemente urgente para la lealtad y la fidelidad de cada uno. Oscurecer o disminuir esta responsabilidad quiere decir oscurecer y disminuir la intensidad de la influencia que la historia de »

<sup>152</sup> Cfr. L. Giussani, *Laico, es decir cristiano*, entrevista realizada por A. Scola, supl. De *CL-Litterae Communionis*, Milán 1988, p. 26.

<sup>153</sup> A.M. Cocagnac, «Chant de pénitence», en *Il libro dei canti*, Jaca Book, Milán 1976, pp. 520-522.

<sup>154</sup> Cfr. Mt 3,9.

<sup>155</sup> 1Cor 1,26-31.

<sup>156</sup> Sant 2,12-13.

» nuestro carisma tiene en la Iglesia de Dios y en la sociedad.

Existe una identificación personal, una versión personal que da cada uno del carisma al que ha sido llamado y al que pertenece. Inevitablemente, en efecto, cuanto más responsable se vuelve uno, más pasa el carisma por su temperamento, por esa vocación irreductible a cualquier otra que constituye a su persona. La persona de cada uno de nosotros tiene su concreción: su mentalidad, su temperamento, las circunstancias en que vive y, sobre todo, el movimiento de su libertad.

Por eso el carisma asume una declinación variada y aproximativa según la generosidad de cada uno. La generosidad, donde se funden capacidad, temperamento, gusto, etcétera, mide esa aproximación (uno puede hacer lo que quiera del carisma y de su historia: reducirlo, parcializarlo, acentuar algunos aspectos suyos a costa de otros, doblegarlo a sus propios gustos o cálculos, o incluso abandonarlo por negligencia, terquedad o superficialidad).

El carisma se declina conforme a la generosidad de cada uno. Y la ley de la generosidad es esta: dar nuestra vida por la obra de Otro. Cada cual, en cada uno de sus actos, en cada jornada, en cada imaginar suyo, en cada propósito suyo, en todo su actuar, debe preocuparse de confrontar sus criterios con la imagen del carisma tal como surgió en los orígenes de la historia común. La confrontación con el carisma, tal como se nos ha dado, tiende a corregir la singularidad de nuestra versión, de nuestra traducción personal; es un corregir y suscitar continuo. Esta confrontación es, por consiguiente, la mayor preocupación que metodológica, moral y pedagógicamente se debe tener.<sup>157</sup> De otro modo, el carisma se convierte en pretexto y excusa para hacer lo que uno quiera; encubre y avala lo que nosotros queramos. Para limitar esta tentación, que tenemos todos nosotros, debemos adquirir el comportamiento normal de confrontarnos con el carisma como forma de corregirnos y de suscitar continuamente en nosotros de nuevo el ideal. Esa confrontación tiene que convertirse en hábito, *habitus*, virtud. Esta es nuestra virtud: la confrontación con el carácter original del carisma que se da por medio de algo efímero de lo que Dios se sirve. Retorna aquí la importancia de lo efímero. Por ahora la confrontación debe hacerse, en última instancia, con la persona con la que todo empezó. Esta persona puede disolverse, pero los textos que ha dejado y el seguimiento ininterrumpido –si Dios quiere– de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido, son los instrumentos para la corrección y el suscitar de nuevo; son los instrumentos para adquirir la moralidad. La línea de las personas indicadas como referencia es lo más vivo del presente, porque un texto por sí solo puede ser mal interpretado; es difícil interpretarlo mal, pero puede suceder.

Dar la vida por la obra de Otro implica siempre que existe un nexo entre la palabra «Otro» y algo histórico, concreto, tangible, sensible, que se puede describir, fotografiar, con nombre y apellidos. Sin este factor histórico lo que se impone es nuestro orgullo, un sí efímero, pero en el peor sentido del término.

Dar la vida por la vida de Otro, no de una manera abstracta, es decir, algo que tiene una referencia precisa, histórica: para nosotros quiere decir que todo lo que hacemos, toda nuestra vida, es para que se incremente el carisma en el que nos ha sido dado participar, que tiene su cronología, una fisonomía que se puede describir, que tiene nombres y apellidos y, en el origen, un nombre y un apellido. Si dar la vida por la vida de Otro no indica una referencia precisa, se desvanece su historicidad, se reduce su concreción: ya no se da la vida por la obra de Otro, sino por la interpretación de cada uno, por sus propios gustos, sus cálculos o sus puntos de vista.

Hablar de un carisma sin historicidad no es hablar de un carisma católico.

<sup>157</sup> Cfr. L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 283-286.